

Mis días escolares. XIV

Una biblioteca romántica

La biblioteca de mi casa —no era propiamente mi casa, sino la de los Santos (don Salvador Santos y su esposa, —mi tía Lola— y sus hijos Manuel Benito y Raúl Santos Estrada), pero como allí viví con mi madre varios años, siempre la consideré mi casa— la biblioteca, digo, pudo haber sido buena, porque ocupaba varios anaqueles. No puedo atestiguarlo, sin embargo, pues nunca tuve acceso a ella y en mi niñez no me interesaban los libros. Además, la biblioteca ocupaba un cuarto un tanto oscuro, en un extremo del cual estaban los vinos y licores, que yo nunca probé, con excepción del coñac, de que me servían un poquito en un vaso, con azúcar, que luego me lo llenaban de leche, “al pie de la vaca”, en la casa contigua, del oeste, propiedad de don Juan Muñoz Arburola, con cuya familia puede decirse que convivía. Ese cuarto mixto, de biblioteca y cantina, daba a una sala grande, amueblada, modestamente con poltronas y sillas de petatillo. Por el sur esa sala se abría a la calle, y por el este comunicaba con una serie de cuartos, uno de ellos el del billar, y por la esquina terminaba en el “establecimiento”, mezcla de pulpería y de vinatería. Mis recuerdos del “establecimiento” son algo vagos, y lo que fuera de los dependientes, Ordóñez y Arnáez, tengo más presente eran las pacas de arroz, que con los paquetes de té, se importaban de Cantón, en la China. Del techo colgaban algunos quesos de Flandes (de bola), que como eran tan caros duraban meses y aun años sin vender. El resultado de esa circunstancia era que esos quesos fueron los más ricos que he saboreado en mi vida. Los que ahora se venden me parece que no se dejan madurar o envejecer lo suficiente. Eran tan duros como el de aquel español que colocó uno de esa clase en el patio, en espera de que un rayo lo partiera.

Muy pocos eran los libros de esa biblioteca que manoseaba mi familia, y esas muestras no revelaban un gusto muy esmerado, con excepción de un primer tomo de *El Quijote*, que no recuerdo que nadie me hubiera leído en voz alta, como era la costumbre en el caso de otros. Entre ellos recuerdo dos comedias, muy populares entonces, “Flor de un día” y “Espinass de una flor”, de Francisco Caicedón. Esas comedias satisfacían sin duda el sentimentalismo cursi de la época, pero a mí me caían muy mal, sobre todo la primera, en verso, que comenzaba:

Bellos país, debe ser,
el de América, papá.

No me canso de admirar
esos árboles gigantes
que parecen, arrogantes,
a las nubes desafiar.

—¿Y te gustaría ir allá...

o algo por el estilo. Había un libro de poesías colombianas, que contenía versos de Epifanio Mejía, Julio Flórez, César Conto, etc., y otro de poetas mejicanos, con poesías de Manuel Acuña, Juan de Dios Peza y otros que no recuerdo. Un novelón, que mi madre me leía, porque el tema religioso se acomodaba a su naturaleza devota, era “El Mártir del Gólgota”, de Pérez Escrich y “El Final de Norma”, de Alarcón. Ni de la una ni de la otra de esas novelas recuerdo nada. Seguramente mi familia estaba a tono con la época romántica de esos años, pues se leía, en voz alta siempre, “El estudiante de Salamanca”, de Espronceda. Se mencionaba mucho a Rubén Darío, “El poeta niño”, pero la verdad es que nunca oí recitar ninguno de sus poemas entonces. Había una novela

Cristián
Rodríguez



favorita de mi familia —“La Pastora del Guadiela”, de no sé qué autor, que me disgustaba menos, a causa de que entre los personajes había nobles con nombres muy sonoros. En otra ocasión creo haber mencionado la novelita “Genoveva de Brabante”, cuyo autor ignoro, que me hizo derramar muchas lágrimas de niño. Menos sentimental y más heroica era una obra titulada, si no estoy equivocado, “Fierabrás de Alejandria y los Doce Pares de Francia”, que me inspiraron el gusto por las obras de caballería, tanto que habría leído el “Amadís de Gaula”, si hubiera sabido que existía tal obra. Pero yo ni siquiera sospechaba que *El Quijote* fuera una obra caballeresca. Mi madre tenía mucha predilección por Juan de Dios Peza, y me leía muchos poemas, muy sonoros, que se pegaban fácilmente a la memoria, como “La muñeca de Margot” y “Garrick”, que ella pronunciaba con acento agudo, “Garric”, como exigía por otra parte que se pronunciara ese nombre para que el poema sonara mejor. Esa fue toda la educación literaria de mi infancia, además de las vidas de los santos, de que mi madre tenía una buena colección. No me agradaban mucho los padecimientos de algunos de esos santos y santas, vírgenes y mártires, algunas de ellas. La única vida que sí me gustaba escuchar era la de San Caralampio, a quien Dios hablaba con confianza y familiaridad. “Ven —decía Dios— amigo Caralampio. Tú que tanto has padecido por mi nombre. Pídemelo que quisieres, que yo te lo concederé...” Y Dios le concedió el favor que le pidió, de poder ayudar a todos los menesterosos y menesterosas, y es natural que con tales ejecutorias San Caralampio fuera un santo favorito de todos los que no eran felices, que eran legión. Algunos de los episodios de las vidas de ciertos santos eran tan extraordinarios, que se hacía difícil creerlos. Había, por ejemplo, un santo que gustaba tanto de hacer milagros, que llegó a alterar el curso normal de la vida del pueblo donde habitaba, y el Obispo hubo de intervenir y prohibirle el hacer ciertos milagros, si no era con la venia eclesiástica. El santo aceptaba aquel afincamiento, porque no todos los milagros eran igualmente útiles o indispensables. Un día estaba el santo de pie delante de unos albañiles que construían un edificio de piedra, de varios pisos. De pronto uno de los obreros perdió el equilibrio, mientras trabajaba de pie en un andamio, y cayó, ante la mirada del santo. Nada podía hacer éste sin la autorización del superior. El caso era crucial y el santo dejó al alba-

ñil suspenso en el aire, mientras fue a ver al obispo para pedirle su consentimiento y poder realizar el milagro. Obtuvo la venia que deseaba y cuando regresó, hizo descender al albañil, el cual bajó al suelo lentamente, sano y salvo, como si nada le hubiera pasado.

Después que murió mi tía Lola de Santos, hacia 1906 o cosa así, mi madre y yo ocupamos la casa diagonal al Parque, donde había nacido. No recuerdo haber vivido antes allí, pero no cabe duda de que allí gateé. A la entrada del nuevo siglo, yo tenía dos años y medio mes, y naturalmente nada de eso podía recordar. Me contaba mi madre que con ocasión del Siglo Nuevo la banda de Liberia traspapeló la música en los festejos y en lugar de tocar alguna pieza alegre, tocó el Duelo de la Patria. Comenzar a tocar esa música luctuosa, de Viernes Santo, y soltar yo el trapo a llorar, todo fue uno. Decía don Andrés Venegas que don Cleto (González Viquez) había nacido descalzo. Yo, empero, no recuerdo cuándo me puse los primeros zapatos, pues hubo necesidad de calzarme para poder andar (en esa época los niños de brazos andaban siempre descalzos y a los más se les ponían calcetines de chochet (escarpines). Desde muy niño tenía disposición para imitar los gestos de las personas que me rodeaban. En una ocasión mi madre creyó que tenía algún daño en un pie, pues caminaba con mucha dificultad. No tenía ninguna afección reumática, y pudo comprobar que la pierna se me entiesaba cada vez que pasaba frente a mi casa mi tío Chando (Lisandro) Baldioceda, que era renco y usaba bastón. Cuando tenía seis años descubrí que podía provocar el llanto a voluntad, lo que hacía cada vez que mi mamá me reprendería por algo. Yo, estúpidamente, le echaba en cara que me regañaba porque no tenía mi papá vivo. Para llorar no hacía más que tararear en la mente cierta canción que recuerdo todavía y cuya música podría reproducir si tocara violín. El llanto siempre ha sido productivo y me contaba mi padrino Manuel Chamorro Bolandi que mi abuelo, don Crescencio, cuando quería que lo invitaran a un trago, comenzaba a sollozar y a decir: “Voy a contarte la muerte de Tacia. La pobrecita...”. Una invitación interrumpía el jimoqueo. Doña Tacia era su difunta esposa, hermana de doña Lupita Granados Bonilla, madre de los Tinoco Granados.

Cuando vivíamos en casa propia no podía hojear las revistas españolas que llegaban a “mi otra casa”: Blanco y Negro, Páginas Selectas, etc. ni los almanaques: El Año en la Mano, y el Almanaque de Bailly-Balliere.

Algunos años después, cuando mi madre había instalado en su casa una venta de azúcar, maíz y “venta” (empanadillas, tanelas, pan batido, pan dulce, etc.), pudo comprar por su cuenta el Almanaque Bailly-Balliere, y suscribirse por medio de la Librería de don Antonio Lehmann a algunos figurines,

(Pasa a la Pág. 16)

Una biblioteca...

(Viene de la Pág. 15)
como el "Ladies" Home Journal" y el "Weldon's Ladies Dress-maker" (que yo pronunciaba "Dresmaquer"), y de cuando en cuando obtenía un número del "Delineator". Estas revistas de modas estaban en inglés, pero las prendas de vestir que reproducían venían en colores y contenían, una hoja muy grande con patrones para sacar moldes en una enmarañada mezcla de figuras identificables por diversas formas de rayas. Para trazar los moldes en papel amarillo, se repasaban las líneas respectivas por medio de una roldana, un instrumento que terminaba en una ruedita con dientes agudos. También ordenó mi madre, para mi uso, un Diccionario de la Lengua Castellana, de don Miguel de Toro y Gómez, con pasta colorada de tela, que tenía de nuevo un olor muy agradable y una novelita, "Los dos Grumetes", editada por la casa Herder, de Friburgo de Brisgovia, Alemania. En esa no-

velita cuyo tema no recuerdo, pero que hablaba de la vida en el mar, aprendí muchos términos náuticos, que desde entonces ingresaron permanentemente en mi vocabulario: foque, bauprés, trinquete, mástil, timón, estribor, babor, barlovento, navegar de bolina, etc. El Diccionario de Toro y Gómez me sirvió para aumentar mi vocabulario más allá de las palabras que contenían los libros de lectura o "lectores". También sirvió para otros fines menos recomendables, como para rastrear malas palabras. Compañeros de más edad me sugerían que buscara ciertos vocablos escabrosos, y así aprendí voces que no se podían decir en público, como palomino, prepucio, balano y otras malacrianzas, pero todas ellas de estirpe muy antigua. Con el uso frecuente del diccionario adquirí esa forma de esclavitud que es consultar diccionarios, no sólo en español, sino también en catalán y demás lenguas.